

Libro de pastores

<1138r>

calor [
bebe [
su amo[
..... [
pensar[
pues Silver[
sin encontrar[
] la cart[
desta manera[

tanto [
mis ojos[
que tengo [
en esta carta[
creo que [
me ha conocido[
aún así
mil veces[
puesto que es la causa[
poner remedio a[
puesto que es tan grande[
si no es, quere[
con esas manos delicadas a esa carta resp[
si no quiere que yo a su merced[
me muera desde el lugar en el que me encuentro[

<1138v>

]de esa

] Sirena
] iba
] lee
] en la cabeza
] salía
] la cual ve-
] no me
] que no
] pues mundo
] grande
] car-
] conoc
] no puede decir
] agrad
] la historia
] encontró la carta
] de aquella manera
] sin decir nada Silve-
] con un gran deseo de saber
] si recibió la carta o no
] al lugar donde encontraron
] en la manera en la que dejaron allí

<1139r>

con lo cual Silvero poco placer [
viendo en su corazón tan[
que en sus cosas era tan[
el gran pesar de Silvero [
vencido el sentido de la cabeza [
tomaron de tal manera [
no despertó [
andaba con Sirena [
muy espantado [
su pensamiento siempre [
y por probar [
]

si se podía apartar de [
una vihuela la cual [
que decía esto[

o[
[...]
[...]
[...]
[...]
o[
...[
tu [

Silve[
<1139v>

] la palabra de Sirena con la cual
] tomó dijo
] porque había oído
] Silvero estaba Sirena
] al aposento de Silvero muy
] quien una silla que estaba allí
] a decir estas palabras comenz-

] Silvero para tí estoy
] esos versos otras
] en un papel de tu mano
] tú a mí, porque
] algunos yo también
] te ruego

]habiendo dicho esto
] Si-
] lugar
] sin

] Sirena
] acuerda
] escribien-

] que no pud-
]..
]...

<1140r>

queréis que me emplee en vuestro servicio, os suplico, Sirena amada mía, que consintáis que esta noche pueda yo acudir a la ventana de vuestro aposento, porque allí deseo [...] la obra que vos me habéis ordenado[

acabada pues la carta [
desde el lugar en que estaba [
despacio envi [
al aposento en que [
de Silvero [
allí decía [
y a Silvero [
salir [
pues [
.... ...[
].....[
Silvero[
y pon[
Siren[
bajo [
..... ...[
Sirena vent[
Silver[

<1140v>

tomó la vihuela, y con voz muy amorosa comenzó a cantar desta manera:

Un buen poeta habéis hallado,

Sirena, amada mía,
para decir de vuestras dotes,
] hacia mí venid.

[...]

] muy triste

] no trae

]puestas

] pueden llamarse desdichados

] venido

]...

]...

[...]

[...]

[...]

[...]

]..

]....

]...

]...

<1141r>

Así pues, ahora, Dios mío,
diré cómo me habéis tratado.
Y vos, virtuosa Sirena,
escuchad en silencio lo relatado.

Con el dulce canto de Silvero tan [
Sirena recibía [
zampoña que tenía en el aposen[
a tañer muy dulcemente[
diciendo lo siguiente:

Como el oso en las cañadas
estoy yo congojado,
temiendo que alguien me vea
hablando a tu lado.

Silvero, tú [
cómo tu [
con tal que mi [
no me toque [
Así es que como siempre [
puedes decir fácilmente[
por qué contra tí [
hacer nada [
]

Sirena su canto[

<1141v>

] la cabeza sobre sus brazos y Sil-
] dejando la vihuela, tomó una arpa
] consigo, y comenzó a declarar su dolor Sil-
] desta manera:

Las palabras que voy a decir
unas pocas serán
] puesto que tengo
] por mí comenzarán.

] sabrás doncella
] mi pena
] por amar
] cadena

] será
] en la puerta

] ya que

]a.

]mente

]yo a tí

]querida mía

]por tí.

]palabras de Silvero

]ventana, y,

<1142r> y, sin decir nada a Silvero, entró adentro. Silvero, viendo que Sirena se había enojado, arrojó la arpa que llevaba en su mano, con tan gran furia que se rompió en muchos pedazos.

Y así, con gran tristeza, Silvero se retiró a su aposento, donde comenzó a llorar, con tan gran tristeza que a todos cuantos lo oyeron les entró mucha tristeza. Tanto sintió Silvero el poco caso que Sirena le hacía, que llegó al borde de la muerte.

Un día, como el amo de Silvero se diera cuenta de que aquél estaba enfermo, rogó a su esposa que hiciera lo posible por proporcionar a Silvero cuanto necesitara, porque era muy querido en la casa de su amo; y la señora así lo hizo.

Para que Silvero estuviera mejor atendido, la señora mandó a Silvia, que era compañera de Sirena, que tuviera gran cuidado en atender a Silvero; con lo cual tanto Silvero como Silvia se complacieron, porque se tenían en gran estima.

Un día, Silvia visitó a Silvero, según tenía siempre por costumbre, con lo cual Silvero se complació mucho, al ver que se ocupaba tanto por él. Tan grande era el deseo de Silvero por ver a Sirena <1142> que rogó a Silvia que le hiciera un gran favor en rogar a Sirena en su nombre que le fuera a visitar, porque albergaba la esperanza de que, si Su Merced el Señor del Cielo fuera servido, Sirena lo visitaría y él se curaría al acto.

Cuando Silvia hubo sabido la voluntad de Silvero, le prometió que al día siguiente, sin falta, conduciría a Sirena hasta su aposento. Silvero se alegró tanto con la promesa de Silvia que casi se le curaron todos los males.

La mañana siguiente, Silvia visitó a Sirena y, entre otras palabras, le rogó que la acompañara al aposento en el que se encontraba Silvero; y Sirena le respondió que le complacía; y así, cogidas de la mano, se dirigieron a la cámara de Silvero; cuando hubieron entrado, hablaron a Silvero muy cortesmente, y él, con cuanta cortesía y mesura pudo, las saludó y solicitó una arpa que comenzó a tañer muy dulcemente, mientras cantaba desta manera:

¿Por qué, doncella,
 conmigo enojada,
 queda nuestra relación
 desta manera olvidada?

<1143r> Mi querida doncella,
 linda dama, flor de lís,
 viendo mi gran pena,
 una palabra decid.

Sirena, ante la plática de Silvero, tomó la arpa que Silvero sostenía entre sus manos, y tañéndola le respondió desta manera:

Gentil hombre,
 por mí cautivo y apenado,
 tus dolorosos llantos
 grande gozo me han dado.

Sirena, después que hubo acabado de cantar, salió del lugar en que se hallaba Silvero, tan presto que nadie la pudo detener. Silvero sintió tan hondamente las palabras de Sirena que se desplomó tan violentamente de la silla en la que estaba sentado que, si Silvia no se le hubiera aferrado, no hubiera sido extraño que muriera allí mismo. Silvero había perdido el conocimiento tan profundamente que Silvia pensaba que se le moriría

entre sus manos, hasta que al fin recobró el sentido; y, cuando hubo recuperado el temple, comenzó Silvia a consolar a Silvero; pero Silvero, como vió que Sirena lo trataba tan cruelmente, no quería que nadie le hablara, sino tan solo buscaba para sí la soledad; salió por tanto Silvia de aquel lugar, <1143> y Silvero quedó solo y con tan poco consuelo como se pueda imaginar; y tomando su vihuela comenzó a cantar desta manera:

La esperanza he perdido,
si no toda buen partido,
por el amor de mi amada
el llanto he preferido.

¡Soy desdichado,
de desgracias rodeado!
Mi contento esperaba,
el descontento ha llegado.

Mi corazón apenado,
de tus quejas mal curado,
muchos días te hará falta
un médico a tu lado.

Después que Silvero hubo acabado de cantar, salió de su cámara y subió al aposento de su amo, el cual encontró cerrado; y, como preguntara a los que se encontraban en la casa dónde estaba, le dijeron que había partido hacia un jardín con su esposa, y que había llevado con él a sus doncellas, Sirena y Silvia.

Cuando Silvero hubo escuchado <1144r> esto que acabamos de referir, se dirigió a casa de unos músicos y les rogó que le acompañaran a dar una música; los cuales le dijeron que sí. Y así, tomando consigo todos los instrumentos de que era menester, partieron y llegados al lugar en el que estaban Sirena y Silvia, comenzaron los músicos que acompañaban a Silvero a tañer sus instrumentos tan dulcemente que el amo de Silvero y cuantos allá se encontraban quedaron asombrados, y no acertaban a imaginar por quién y de quién fuera aquella música; y fue así que, callando los ministriles, cuatro músicos

comenzaron a cantar con gran concierto desta manera:

Mi querida doncella,
linda dama, flor de lís;
yo os amo, pero vos
no os apiadáis de mí.
De mi madre soy hijo único,
no me tratéis así.
Sin hijo quedará
mi madre al fín.
Con la desgracia de mi madre,
¿qué provecho recibís?
Cuatro años, noche y día,
a vuestros pies postrado fui.
Amor mío, linda mía,
haced lo que preferís.
<1144v> Amor mío, si con mi muerte
vos provecho habéis,
tomad de mi cinto esta daga
para que me la clavéis.

Amor mío, en nada
siento la muerte,
pero sí placer y descanso,
si a vos complace.
Aún así, por nada quisiera
del mundo a esta parte
que se descubriera el secreto
que ella conmigo comparte.

Silvero acabó esta su música, y quantos se encontraban en el jardín se deleitaron tanto como nunca pudieron deleitarse después, especialmente Silvia, que tanto amaba a Silvero, porque había reconocido el canto de Silvero.

Acabado pues el canto, Silvero y sus compañeros se dirigieron a la ciudad, donde Silvero ofreció a todos los músicos que le acompañaban una gran colación, tan estupenda que ningún hombre alcanzaría a describir; y, acabada la colación, despidió a los músicos y se dirigió a su casa, tan afligido que comenzó a recoger su ropa cuidadosamente en una maleta <1145r>, porque su amo le dijo que al día siguiente comenzarían su viaje, el cual era a una ciudad de Italia llamada Arcileo.

Cuando llegó
a la ciudad de Arcileo,
pensaban que en una hora
moriría Silvero.

El amor de Silvero
era tan profundo
que cerraba los ojos
para no ver el mundo.

Enfermó gravemente
y el remedio no hallaba,
de la fortuna enemigo
a sentirse comenzaba.

Silvia, dama hermosa,
vive con pena grande,
del amor de Silvero
no deja de acordarse.

<1145> Doristeo, joven caballero,
en la pena habita,
porque ama profundamente
a la doncella Silvia.

También Sirena vive
como estos otros perdida,

porque ama a Doristeo
y a Silvero olvida.

¿Por qué, Cupido, tus doradas saetas
gobiernas de manera mala?
¿Por qué es que tu amor
a los cuatro no iguala?
Silvero se muere por Sirena,
Sirena a Doristeo amaba,
Doristeo sufre por Silvia,
y Silvia a Silvero rogaba.

Silvero, que veía
su gran desdicha,
ha prometido llorar
durante toda su vida.

Perdida la esperanza,
vivía sin contento;
quiere marchar a vivir
en el campo, lejos del pueblo.

Estábanse los cuatro amadores en la conquista de la que hemos hablado <1146r>, y producía lástima ver la tristeza que albergaban en sus corazones; especialmente Silvero, el cual, viendo que Sirena amaba a otro, determinó de dejar aquellos lugares y partir en figura de pastor, por no vivir una vida tan lacerada.

Y así, un día, pidió a su amo licencia para volver a su tierra, el cual se dolió mucho de que Silvero se marchara. Silvero, cuando hubo solicitado licencia de su amo, acudió junto a Sirena, de la cual se despidió entre lágrimas; y, en el momento de partir, sacó un rabel de su manga, y, mientras derramaba lágrimas, la comenzó a tañer desta manera:

Linda doncella,
en hora buena quedáos,

y acaso alguna vez
que soy vuestra acordáos.

¿Por qué os enfrenta conmigo
esa enemistad sin igual?
Tenéis el corazón
más duro que el pedernal.

Vos sois la causa
de mi partida;
el Señor de lo Alto
os lo perdone, querida.

<1146v>

Sirena de mi corazón,
os suplico y ruego
que no me olvidéis,
si bien no lo merezco.

Quedáos, Sirena,
con el Señor de lo Alto,
que mi corazón es vuestro
aunque yo de aquí ya parto.

Guiaré mis ojos
adonde la tristeza habita;
que ningún gozo entre
en mi corazón y en mi vida.

Despedido ya Silvero de Sirena, cogió unas ropas de pastor y comenzó su viaje hacia el poniente; y en su camino llegó a una ribera muy caudalosa, que se llamaba Duero, en la provincia de Castilla, donde había unos pastores muy ricos. Y viendo Silvero que se encontraba muy lejos de su pueblo, decidió trabajar de pastor para un pastor rico. Y así lo hizo al día siguiente, que comenzó a trabajar para un pastor rico llamado Ascanio, guardando su ganado.

<1147r> De la partida de Silvero
cuando Silvia hubo sabido,
su corazón quedaba
realmente partido.

Vivir sin Silvero
era insufrible;
ha pedido licencia
para buscarle y seguirle.

Silvia con su amo
desta manera hablaría:
—Llevo grande deseo, señor,
de hacer una romería.

Por ello, señor, si se sirve,
vuestro perdón solicito,
al regreso volver a servirle
prometo y admito.

Cuando Silvia se hubo despedido de su amo, se despojó de sus ropas y se vistió con ropas de pastor, y comenzó su viaje por los lugares por los que ella sabía que Silvero viajaba.

Avanzaba en su camino cuando un día se topó con dos pastores, a los cuales Silvia preguntó adónde se dirigían y ellos respondieron desta manera:

—Hermoso pastor, debes saber que nos dirigimos a la ribera del Duero, porque hemos oído que un pastor llamado Silvero ha organizado grandes luchas <1147v> con pastores de todas las comarcas y que el día asignado es dentro de seis días; así es que, mi compañero y yo nos dirigimos allí para ver las gentilezas de Silvero, las cuales todos nos han alabado.

Tan pronto hubo Silvia escuchado el nombre de Silvero, comenzó a llorar con tan grande sentimiento que, si no hubiera sido por los pastores que allí estaban, poco hubiera faltado para que muriese. Viendo los pastores cómo lloraba Silvia, quedaron asombrados y no sabían cuál podía ser la causa, hasta que se lo preguntaron, a lo cual respondió ella desta manera:

—Debéis saber que he estado largo tiempo con ese Silvero del que habláis, y que es tan grande el amor que yo por él siento que, dejando mi pueblo, he venido a buscarlo, y que es tan grande el gozo que tengo al saber dónde se encuentra que ni con todas las riquezas del mundo podría yo recibir mayor regalo.

—Sus, —dijo uno de los pastores—, si es así, vayamos juntos, porque nos haremos compañía mutuamente de la mejor de las maneras; pero, para que nos entendamos mejor, te rogamos que nos digas tu nombre.

Silvia respondió así:

—Debéis saber, nobles pastores, que soy natural de Marsella y que mi nombre es Clarián.

—Ya que es así, —dijo uno de los pastores [...]

[...]

<1151r> que una doncella que lo acompaña, llamada Silvia, tiénete tan grande amor que, cuando ha sabido que estás aquí, ha querido venir a buscarte; y si tú quieres amarla, olvidando a Sirena puesto que ella no te quiere, yo te prometo que pronto te curarás de ese mal que te aqueja.

Cuando Silvero hubo escuchado estas palabras se enojó tanto que se levantó de donde estaba y se marchó a través de una floresta, dejando solo a Clarián, el cual, cuando vió que se había quedado solo, con los ojos llenos de lágrimas, comenzó a decir así:

CLARIAN

El amor en mala hora

fue por mí conocido,
pues de tan cruel manera
tratarme ha querido.

Ay, señor rey del amor,
a vos ruego y suplico
que a Silvero mandéis
enamorarse conmigo.

Doristeo, viendo que había quedado solo sin su Silvia, determinó de ir a buscarla; el cual, el día de su partida, dijo así a Sirena:

—Pienso, Sirena, <1151v> que entiendes el dolor que me ha causado Silvia marchando ella y dejándome aquí solo; el cual dolor es tan grande que, si durara largo tiempo, sería suficiente para causar mi muerte; y, viendo yo todas estas causas, he determinado de salir en su búsqueda, pues me han dicho que está donde está Silvero. Por ello, si deseas algo de aquel lugar, pídemelo, que lo haré con mucho gusto.

SIRENA —Si supieras el dolor que me causan tus palabras, creo que no las hubieras pronunciado. Pero, ya que tu voluntad es para otro, no es extraño que no te ocupes de mí. Sin embargo, puesto que el amor que te profeso es tan firme, aunque fueras hasta el fin del mundo, yo no podría abandonarte.

DORISTEO —No hay motivos para que digas esas palabras, Sirena, porque son de poco provecho para ti y para mí, puesto que nadie puede ir conmigo.

SIRENA —Dios no quiera que tú te marches y yo me quede aquí. Por eso, Doristeo, puedes marchar adonde quieras y por donde quieras, que yo no te abandonaré.

Viendo Doristeo que era imposible apartar a Sirena de su lado, comenzó su viaje, y, con los ojos derramando lágrimas, comenzó a decir estas palabras:

DORISTEO
¡Ay, Sirena! ¿Por qué

vienes tras de mí,
si es imposible
que yo te quiera a tí?

SIRENA

Doristeo, ¿Por qué tú
marchas así perdido,
<1152r> si el amor de Silvia por otro
es de todos conocido?

Así pues, Doristeo y Sirena viajaron hasta que llegaron al lugar en el que estaba Silvero, donde cada uno con su amo [...]

Un día, iban Silvero y Silvia, Doristeo y Sirena cada cual con sus ovejas cuando se encontraron junto a una fresca fuente, donde se reconocieron mutuamente y comenzaron a hablar; especialmente Silvero, al ver a Sirena, dijo:

—¡Ay, Señor del Cielo! ¿Dónde estoy? ¿Acaso estoy dormido? ¿O estoy despierto? No puedo creer que esté junto a mi Sirena.

Cuando hubo dicho estas palabras, se dirigió ante Sirena, hincó las rodillas y, llorando, decía estas palabras:

—¡Ay, Sirena, cuyos ojos son comparados a la estrella polar! Te suplico que, puesto que esta pena mía es tan grande, quieras ponerle remedio.

Sirena, viendo a Silvero frente a ella, muy enojada le respondió:

—Apártate de mis ojos, que no te quiero más que nada, porque mi corazón es de Dorido.

Cuando Silvero esto oyó, se dejó caer al suelo, al cual se acercó Silvia corriendo, y decía:

—Levántate de ahí, Silvero, y deja a quien te trata tan cruelmente, y ven conmigo.

Silvero le respondió:

—Silvia, apártate de ahí, porque yo no puedo olvidar lo que he querido durante tan largo tiempo.

Cuando Silvia escuchó estas palabras, cayóse desmayada, a la cual se acercó Dorido y le dijo:

—¡Ay, Silvia, mi amor! Acuérdate de lo bien que te quiero y de que vas engañado detrás de quien te aborrece <1152>, olvidando mi amor. Te suplico que me ofrezcas el remedio, puesto que tú eres la medicina.

Oyendo Silvia las palabras de Dorido, le dijo:

—No me digas esas palabras, porque prefiero morir amando a Silvero que vivir olvidándolo.

Dorido, perdiendo todo el ánimo que tenía, quedó tendido en el suelo, llorando muchas lágrimas por sus ojos. Cuando Sirena vio a Dorido llorando en el suelo, se acercó a él, confiando en que recibiría una respuesta mejor que la que ella había ofrecido a Silvero, y comenzó a decir:

—Llevo muchos días, Dorido, diciéndote por qué sigues, perdido, a quien no te ama, y no has querido creerlo hasta que lo has visto con tus propios ojos. Puesto que esto es así, te ruego que te desengañes y me ames desde hoy.

Dorido le respondió muy enojado:

—¡Oh, falsa traidora! Apártate de mi vista, puesto que eres la causa de mi desdicha; porque, si tú hubieras querido a Silvero, Silvia no me hubiera negado mi remedio. Así es que, puesto que por tu causa han llegado tan grandes penas, ¿por qué no te avergüenzas de decir esas palabras ante nosotros?

Al oír Sirena estas palabras en boca de su Dorido, cayó al suelo desmayada. Así, estando los cuatro desmayados, dijo Silvero:

SILVERO —¡Ofréceme tu remedio, Sirena!

SIRENA —Estoy enferma por Dorido.

DORIDO —De Silvia soy cautivo.

SILVIA —Silvero me ha matado.

Tenían los cuatro esta plática cuando oyeron un grande ruido que venía de la campiña, tan grande que quedaron espantados pensando qué pudiera ser <1153r>, hasta que Dorido, levantando la cabeza, vio la figura de dos salvajes terribles, los cuales parecía que lanzaban fuego por sus bocas; y en sus manos llevaban sendos arcos, armados con agudas saetas; y viéndolo Dorido, le dijo a Silvero:

—Levántate de ahí inmediatamente, Silvero, porque estos dos salvajes bien armados vienen a arrancarnos nuestras vidas.

Cuando Silvero hubo oído estas palabras de Dorido, se levantó espantado y cogió sus armas. Pero antes de que pudiera darse cuenta, los dos salvajes arrebataron a Sirena y Silvia, a las cuales llevaron rápidamente y con grande ruido por una floresta abajo, sin que Silvero y Dorido pudieran poner remedio; los cuales quedaron con grande sorpresa y grande tristeza, por haber perdido cada uno a su amada; y no podían acertar a imaginar quién hubiera podido haber ordenado que las raptaran, y adónde las hubieran podido llevar aquellos salvajes; y los dos prometieron que seguirían juntos hasta encontrar a Sirena y a Silvia.

Pasaron así un día y una noche, sin poder hacer otra cosa sino solamente llorar; a los cuales, el segundo día, después de comer, venció el sueño bajo unos frescos árboles, donde, cuando estaban en el más dulce de los sueños, oyeron que venía de las nubes una hermosa figura, cuya vista les causó un grande temor; y pensaron que eran quienes habían raptado a Sirena y a Silvia, que venían a raptarlos a ellos. Pero el que bajaba de las nubes les habló desta manera:

—No teman vuestros corazones, pastores enamorados, porque yo no vengo a haceros ningún mal, sino a poner remedio al mal que ya tenéis, de modo que debéis escuchar con atención las palabras que os voy a decir. Habéis de saber que los salvajes que visteis anteayer están al servicio del encantador Narváez, el cual por su grande encantamiento <1153v> supo que ellas estaban aquí por vuestra causa; y para que no pudierais gozar juntos, las ha llevado a la Casa de Confusión, donde las tiene presas con grandes cadenas; y dentro de tres días las sacará de allí para cortarles la cabeza, si no las socorréis vosotros de la manera que os voy a decir. Debéis saber que a mí me envía el dios de las batallas y de las guerras, que se llama Marte; y él me ha dado estas espadas para vosotros, junto con este espejo; y dice que debéis ir a la Casa de Confusión, y cuando estéis allí, con vuestras espadas en las manos, debéis arrodillaros y mirar a este espejo; y sea lo que fuere lo que veáis, no debéis apartar vuestros ojos del espejo, porque moriríais de repente, y si no los apartáis yo acudiré en vuestro socorro cuando lo necesitéis.

Cuando Silvero y Dorido hubieron escuchado estas palabras, sus corazones se llenaron de grande gozo; los cuales, tomando inmediatamente sus respectivos espejos y espadas, se dirigieron a la Casa de Confusión, adonde llegaron al tercer día, justo cuando Sirena y Silvia debían perder la vida. Y, cuando hubieron llegado allí, miraron hacia la campiña y vieron que allí estaba la Casa de Confusión, labrada de manera tan hermosa y fuerte como nunca en el mundo se pueda repetir. Estando así, oyeron que se acercaba grande estruendo de gentes, en medio de los cuales llegaban Sirena y Silvia, con sus delicadas manos atadas por cuerdas a la espalda, guardadas por seis salvajes a los lados, los cuales pregonaban la sentencia que Narváez había pronunciado contra ellas desta manera:

El sabio Narváez
 hoy ha decretado
 <1154r> que las doncellas con su muerte
 paguen lo que han obrado,
 que nunca más se burlen
 del amor en adelante,
 que su castigo para otros

sea ejemplarizante.

Contra ambas ciertamente
es clara la probanza:
de Dorido y Silvero
no creyeron las palabras.

Todos conmigo debéis
reconocer y declarar
que quien es cruel con amor
así lo debe pagar.

Cuando hubieron escuchado
el pregón ya relatado,
Dorido y Silvero
no podían soportarlo.

Hincaron sus rodillas;
pronto se armaron;
alcanzar los espejos
presto determinaron.

Al Rey de los Cielos
ya se encomiendan,
<1154v> su ayuda le suplican,
ruegan y demandan.

Así estaban Silvero y Dorido, cuando llegaron las gentes de Narváez, declarando su pregón. Las desdichadas doncellas, al ver a sus amados, no podían sufrirlo sin llorar, y usando amorosas palabras dijeron:

—¡Ay, hombres afligidos, crueles con vuestras vidas! ¿Cómo habéis osado llegar hasta donde estáis, sabiendo sin duda que no lo pagaréis con menos que con vuestras vidas? Y ya que forzosamente os han de matar, si de alguna manera nos defendéis de este

tormento que nos quieren infringir, como lo sufrimos por vuestra causa, también vosotros quedaréis libres, y si no es así, tanto vosotros como nosotras degustaremos la muerte de mano desta cruel gente.

Cuando los dos pastores oyeron estas palabras, sólo Dios sabe qué amargura recibieron en su corazón. Pero, por no contravenir las órdenes del legado de Marte, no podían hacer nada; y las doncellas, al ver que sus amados no les ofrecían remedio, ya perdieron toda esperanza. Pero, el legado del dios Marte entró con una espada entre aquellos salvajes, golpeándoles fuertemente con su afilada espada; los cuales huyeron, dejando a Sirena y a Silvia; a las cuales soltaban las manos Silvero y Dorido, cuando oyeron que unos hombres llegaban a su lado cantando, los cuales acarreaban con gran pompa un jovencito sentado en una silla, el cual llevaba los ojos cubiertos con una venda de tafetán y en las manos un arco armado con agudas saetas; los cuales decían con gran concier[

Cómo citar este texto:

Lazarraga, Juan Perez, 2010 [c. 1602], “AL – Libro de pastores” [PDF], in G. Bilbao et al. (eds.), *Lazarraga eskuizkribua: edizioa eta azterketa (1.0)*, Vitoria-Gasteiz: UPV/EHU. Accesible en Internet: <<http://www.lazarraga.com>> [Consulta: dd/mm/aaaa].



Esta obra está disponible bajo una [licencia Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/)